

ARETE. Vol. IV. Nº 1. 1992

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA NOCIÓN DE ANALISIS
EN LINGÜÍSTICA Y PSICOANALISIS

Augusto Escribens

Suponemos que toda disciplina científica incluirá alguna forma de análisis, entendido el término en su sentido más alto. El descomponer el todo en sus partes es, sin duda, una operación esperable y, probablemente, imprescindible en cualquier actividad de conocimiento. En la lingüística, en particular, una exitosa operación de análisis, la que lleva al descubrimiento del fonema, tiene consecuencias que siguen determinando aspectos importantes de su desarrollo hasta el presente.

En general, se suele considerar a Ferdinand de Saussure como el iniciador de la lingüística contemporánea y, en efecto, sus reflexiones acerca de la definición del objeto de la lingüística, la distinción de las perspectivas sincrónica y diacrónica, el desarrollo de la noción de sistema, así como su postulación del signo lingüístico como asociación arbitraria de un significante y un significado, son fundamentos de la lingüística moderna y fecundan otras áreas de la ciencia contemporánea. Quizá el aporte más importante de Saussure sea su noción de sistema, en virtud de la cual todo elemento de la lengua se define en función de los restantes, toda unidad remite a una red de relaciones.

Pero fue el círculo de Praga, en particular Trubetzkoy, el que hizo dar a la lingüística un vuelco fundamental al acuñar el concepto de fonema. En 1930 Trubetzkoy definía el fonema como la unidad opositiva mínima y en 1932 otro miembro del mismo grupo, Roman Jakobson, esbozaba lo que luego sería entendido como la descomposición del fonema en rasgos distintivos simultáneos (Vid. Vachek, 1966, p.p. 40-78). La teoría del lenguaje esbozada por Saussure y desarrollada por los lingüistas de Praga —y por otras escuelas estructuralistas— se vería cuestionada y superada por varias revoluciones científicas, pero, a través de todas ellas, el modelo del fonema y el del análisis para la sistematización de diferentes estratos o sub sistemas de la lengua. Los sucesivos paradigmas que tomaron el lugar de la escuela estruc-

turalista, el chomskiano, la sociolingüística, ciertos desarrollos de la pragmática, siguen revelando el influjo del giro fonológico.

Para simplificar, y no entrar en las complejidades que implican las diferentes definiciones de fonema, desde las psicologistas hasta las operacionales, tomemos una muy simple que nos da Hall y que ubica al fonema como "... la unidad de sonido que constituye una diferencia en el significado de las palabras" (Hall (1960), p. 37). Se trata, entonces, de la instancia mínima en que las diferencias en el medio sonoro son utilizadas por la lengua como vehículo de la diferenciación de significados, y todos los lingüistas contemporáneos coincidirán, sin duda, en reconocer la importancia de su descubrimiento en tanto devela el carácter inherente a una de las articulaciones del lenguaje y en tanto, también, apunta a una característica universal en la configuración de la percepción de los sonidos, tal como lo hace ver Black:

"...la percepción de un ejemplar lingüístico compuesto por "sonidos pertenecientes al inglés" [...] no parecería [...] más notable que el reconocimiento de algún otro sonido "real", como el sonido de un violín. Pero los sonidos musicales, los gestos, los colores —para tomar tres ejemplos contrastantes— son percibidos como pasando el uno en el otro imperceptiblemente. Cada uno pertenece a una continuidad de percepción. La situación es claramente diferente en el sistema fonológico asociado a un lenguaje dado. Los contrastes son aquí perfectamente trazados: cuando alguien habla inglés correcto *tiene* que pronunciar "l" o "r" (o algún otro sonido): no cabe ningún sonido a mitad de camino entre los dos. El niño pequeño, o el adulto con un defecto de pronunciación permanente puede pronunciar un sonido intermedio, sólo que las reglas del lenguaje le exigen que se *considere* que pronuncia una "l" o una "r". (Black, M. 1968, p. 39, subrayados del autor).

Lo que descubren y sistematizan los fonólogos es que hay una parte de la realidad, el medio sonoro, que tiene que ser tratado como una discontinuidad, como un conjunto cerrado de unidades, para que esa forma de codificación que es el lenguaje humano sea posible:

"El inglés, desde el punto de vista fonológico, es como un juego jugado con un número fijo de piezas insustituibles [...] Vale tal afirmación de todos los lenguajes conocidos, entre los miles que han estudiado los lingüistas, aunque las "piezas" sean distintas de un lenguaje a otro. *En cuanto a sistema fonológico, cada lenguaje tiene su estructura atómica.*" (Ibid. subrayado mío).

Atomo y estructura: se trata de un elemento dentro de un sistema, y es definido en función de éste último, en suma, el hilo que sólo puede ser discernido en medio de una trama. Pero no menos importante es, y tendrá consecuencias significativas más adelante, otro aporte de esta misma escuela: el diseño de un método mecánico para discernir fonemas, el test de conmutación que podemos, simplificando, frasear de la siguiente manera: "si una secuencia sonora tiene un significado dado, y si, al sustituir en ella un sonido α por un sonido β se altera el significado de la referida secuencia, α y β son fonemas diferentes". Sobre este procedimiento en particular, y, sin duda, influidos por el trabajo de Rey de Castro (1991), no podemos dejar de compararlo con alguna suerte de análisis de laboratorio en el cual se utilizara una sustancia que sólo diera lugar a una reacción o a la ausencia de ella.

En la década del '50 la lingüística goza de mucho prestigio entre las ciencias humanas y es tomada como punto de referencia y como fuente de conceptos innovadores. Es el descubrimiento del principio fonológico, sin duda, lo que le permite ubicarse de esa manera. Así lo afirma Levi-Strauss:

"... la antropología y la sociología sólo esperaban lecciones de la lingüística; nada permitía adivinar una revelación.

El nacimiento de la fonología ha trastornado violentamente esta situación. Ella no solamente ha renovado las perspectivas lingüísticas: una transformación de esa magnitud no se limita a una disciplina particular. La fonología no puede dejar de cumplir, respecto de las ciencias sociales, el mismo papel que la física nuclear, por ejemplo, ha desempeñado para el conjunto de las ciencias exactas". Levi-Strauss, (1958). p. 31.

El descubrimiento de las estructuras elementales de parentesco respondió, así, a ese préstamo. Pero no sólo en las disciplinas afines ejerció tal influencia la fonología. También lo hizo al interior de la misma ciencia del lenguaje. Fascinados por su propio éxito en el descubrimiento del fonema, los lingüistas, en muchos casos, definieron su tarea como la búsqueda de maneras de llegar plausiblemente a la postulación de conceptos como el de morfema o semema, y a diseñar los respectivos sistemas en que estos estaban incluidos a la manera de la fonología. Pero, si en la fonología parece evidente que una aproximación analítica permite dar cuenta de una parte sustancial de los fenómenos de su dominio, esto no es necesariamente así en ámbitos como el de la sintaxis y la semántica. Y no es que el establecimiento de unidades, la dilucidación de sus criterios de oposición, aquello que, en fin, constituye el nivel elemental de estos sub-sistemas no tenga un lugar, sino que en ellos el contexto tiene una importancia sustancial. Y no es que los seguidores de

escuelas de inspiración tan radicalmente analítica como los bloomfieldianos, por ejemplo, ignoraran el carácter más bien sintético de aspectos importantes del significado o de la gramaticalidad de las oraciones (Véase, por ejemplo, Hockett, (1958). p.p. 178-83), sino que sus modos de representación de tales estructuras eran insuficientes para constituir descripciones cabales de ellas.

Podemos proseguir preguntándonos por el psicoanálisis. Esta disciplina científica, que se autodenomina por su instrumento, ¿funciona realmente sobre la base de una actividad analítica? Para esclarecer este punto es necesario señalar una diferencia evidente con la labor analítica realizada por el lingüista, cualquiera sea la escuela que éste suscriba. En el trabajo de investigación lingüística la relación sujeto-objeto está muy claramente definida, tanto que la teoría en la que realmente se está basando dicho trabajo puede ser explicitada y formalizada, y hasta se puede intentar, como en el caso de los bloomfieldianos, expresarla como un conjunto de operaciones destinadas a descubrir el funcionamiento del objeto de manera mecánica. Es importante recalcar que el lingüista nunca analiza a un hablante, ni siquiera analiza su discurso, sino que ejercita sus operaciones de análisis sobre algún conjunto de emisiones lingüísticas que han sido registradas, transcritas de alguna manera, registro sobre el cual podrá volver cuantas veces quiera, porque no tiene el carácter evanescente de la palabra hablada. Independientemente del *status* que le asigne, el lingüista siempre ejercita sus operaciones de análisis sobre un corpus.

El psicoanalista, en cambio, realiza la tarea que da nombre a su disciplina en medio del desarrollo de una relación con el analizado, circunstancia que impone evidentes restricciones a cualquier intento de proceder guiado exclusivamente por un conjunto definido de reglas o principios. Aún cuando, en ese intento, el psicoanalista apelara al silencio y el desapego extremos con que se suele caricaturizar a cierta ortodoxia, no podría proceder en ninguna forma que fuera comparable a aquellos que caracteriza el proceder del lingüista, porque sus datos primarios son evanescentes (la comunicación del analizando) a la vez que se espera que, por lo menos en una cantidad significativa de casos, transmita al analizando el resultado del análisis de tal comunicación dentro de la misma sesión en la que ésta se desarrolla.

Tan evidente es esta peculiaridad de la actividad analítica en el psicoanálisis, tan impensable es que el paciente regresa la semana próxima a recoger el resultado del análisis de lo que dijo hoy, tan determinante es para la actividad de analizar que Freud se vio en la necesidad de diseñar un método especial, que implica una ruptura radical con respecto a cualquier actividad de observación científica:

"[La técnica propuesta] ...consiste simplemente en no intentar retener especialmente nada y acogerlo todo con una igual *atención flotante*. Nos ahorramos de este modo un esfuerzo de atención imposible de sostener muchas horas al día y evitamos un peligro inseparable de la retención voluntaria, pues en cuanto esforzamos voluntariamente la atención con una cierta intensidad comenzamos también, sin quererlo, a seleccionar el material que se nos ofrece: nos fijamos especialmente en un elemento determinado y eliminamos en cambio otro, siguiendo en esta selección nuestras esperanzas o tendencias [...]... el principio de acogerlo todo con igual atención equilibrada es la contrapartida de la regla que imponemos al analizado, exigiéndole que nos comunique, sin crítica ni selección algunas, todo lo que se le vaya ocurriendo. Si el médico se conduce diferentemente, anulará casi por completo los resultados positivos obtenidos con la observación de la "regla fundamental psicoanalítica" por parte del paciente. La norma de la conducta del médico podría formularse como sigue: Debe evitar toda influencia consciente sobre su facultad retentiva y abandonarse por completo a su *memoria inconsciente*. O en términos puramente técnicos: Debe escuchar al sujeto sin preocuparse de si retiene o no sus palabras"
(Freud, 1912, p.p 1654-5. Subrayados del autor)

Lo que al inicio del ensayo se presenta como una consideración acerca de las limitaciones que la memoria del practicante del psicoanálisis presenta a la tarea de recordar "[...] los innumerables nombres, fechas, detalles del recuerdo, asociaciones y manifestaciones patológicas..." (Ibid. p. 1654) de siete u ocho pacientes al día, termina, al final del trabajo, planteándose como una propuesta epistémica bastante original:

"Del mismo modo que el analizado ha de comunicar todo que lo que la introspección lo revela, absteniéndose de toda objeción lógica o afectiva que intente moverle a realizar una selección, el médico habrá de colocarse en situación de utilizar, para la interpretación y el descubrimiento de lo inconsciente oculto, todo lo que al paciente le suministra, sin sustituir con su propia censura la selección a la que el enfermo ha renunciado. O dicho en una fórmula: debe orientar hacia lo inconsciente emisor del sujeto su propio inconsciente, como órgano receptor comportándose con respecto al analizado como el receptor del teléfono con respecto al emisor. Como el receptor transforma de nuevo en ondas sonoras las oscilaciones eléctricas provocadas por las ondas sonoras emitidas, así también el psiquismo inconsciente del médico está capacitado para reconstruir, con los productos de lo inconsciente que le son comunicados, este inconsciente mismo que ha determinado las ocurrencias del sujeto."
(Ibid, p. 1657)

En buena cuenta, Freud propone en este trabajo que sólo un inconsciente puede escuchar a otro inconsciente. Retención y selección voluntarias, signadas por lo consciente, deberán ser abdicadas para dar paso a un modo de organizar los datos que proviene de otro lugar, de lo inconsciente. Y que rige tanto para el que asocia, como para el que analiza. Podríamos hablar, entonces, de una peculiar manera de hacer consciente lo inconsciente, para la cual el discurso develador tiene que originarse, necesariamente, en las oscuridades de lo que está fuera de la consciencia del analista. Por peculiar que parezca esta manera de producir conocimiento, es la única compatible con ciertas características del proceso analítico.

El inconsciente del analista funcionará, entonces, como receptor del inconsciente del analizando. Siempre y cuando no medie la interferencia de la contratransferencia. A ella se refiere Freud en el mismo trabajo en los siguientes términos:

"Pero si el médico ha de poder servirse así de su inconsciente como de un instrumento, en el análisis ha de llenar plenamente por sí mismo una condición psicológica. No ha de tolerar en sí resistencia alguna que aparte de su conciencia lo que su inconsciente ha descubierto, pues de otro modo introduciría en el análisis una nueva forma de selección y deformación mucho más perjudicial que la que podría producir una tensión consciente de su atención."(Ibid. p. 1657)

Son esas resistencias que apartarían de la consciencia del analista lo que su inconsciente ha descubierto, lo que Freud había denominado contratransferencia en "El porvenir de la terapia psicoanalítica" (Freud, 1910). La no resolución de los propios conflictos por el analista es la causa de la ocurrencia de reacciones contratransferenciales. Allí donde su inconsciente capte en el inconsciente del analizando la emergencia de una verdad intolerable para el escucha, el efecto cegará la visión de éste último, y lo apartará de la posición de espectador imparcial.

Más adelante, Paula Haimann (1950) y Hoirinch Racker (1954) modificarán radicalmente la conceptualización de la contratransferencia dando lugar a lo que Kornberg (1965) denominara la concepción "totalista" de la contratransferencia, según la cual ésta incluye todas las reacciones emocionales que el analista experimenta en la sesión. La contratransferencia pasa, además, a convertirse en un instrumento adicional de indagación clínica. A decir de Etchegoyen:

"La teoría de la contratransferencia, tal como las formulan Racker, Paula Hoimann y otros, en cambio, dirá que el *metier* del analista consiste en escuchar y escrutar su contratransferencia, que eso es su intuición". (Etchegoyen, 1986, p. 240)

Véase que mientras que la concepción que Freud tenía de la contratransferencia concibe al instrumento de conocimiento analítico —esto es, la mente del analista— como relativamente fijo, el punto de vista "totalista" implica un instrumento relativamente móvil, que sigue con su propia trayectoria emocional aquella de su objeto, el analizando. Podemos concebir el instrumento analítico, en la versión clásica, como un lente fijado en el suelo, enfocado hacia el objeto de observación. La contratransferencia podría compararse a un movimiento sísmico que lo desplazara de su base, cuya superación consistiría en volver a ubicar el lente con la precisión debida, en el lugar que originalmente ocupaba. La segunda teoría de la contratransferencia nos habla, más bien, de un lente instalado sobre un vehículo tirado por una cuerda elástica por otro vehículo sobre el cual se encuentra el objeto de observación. Agreguemos un terreno accidentado al carácter elástico del medio de remolque para ilustrar el hecho de que la posición del observador está parcial, más no completamente determinada por la del observado, y nos podremos hacer una idea del complejo conjunto de operaciones que el que mira por el lente tendrá que efectuar para componer una imagen global del objeto sobre la base de varias visiones parciales que tendrán que ser complementadas con la apreciación de las diferentes posiciones relativas del observador. La situación, en realidad, es mucho más compleja, y una de las simplificaciones que estamos haciendo es tomar el proceso como si fuera unidireccional. Aún partiendo de esa simplificación, la pregunta de como el psicoanalista reduce su objeto de observación a elementos, de cuán cierto es que un método fundamental es el análisis, pasa por la necesidad de determinar, previamente, en qué momento del proceso analítico, y por qué medios, vamos a captar ese método en funcionamiento.

Si el instrumento de conocimiento analítico es la mente del analista, no podemos considerarlo como una constante, ya que, aún si todos los analistas estuvieran de acuerdo en como se analiza, a que hay que prestar atención y qué considerar irrelevante, aún si se pudiera diseñar un procedimiento mecánico de análisis, ese repertorio común estaría mediado, en su relación con el objeto, por los estados internos de la mente del analista. Sería muy conveniente, por lo tanto, contar con un medio para conocer algo de lo que sucede en el interior de la mente del analista en sesión.

En un trabajo presentado al I Congreso Peruano de Psicoanálisis en 1988 esboqué los lineamientos iniciales de un proyecto de investigación en el que planteaba que:

"Si pudiéramos observar lo que sucede en la mente del analista en sesión, tendríamos un instrumento valiosísimo para la teoría y la práctica. Pero no existiendo datos de observación, éstos tienen que ser, más bien, inferidos. En mi opinión, la diferencia entre lo que el analista recuerda de la sesión realizada, tal como se refleja en un protocolo común, y lo que incluye el registro de la materialidad de la comunicación, su versión grabada, puede aportar elementos valiosos en la comprensión de los procesos del analista en su particular escucha." (Escribens 1989, p. 80)

Para los fines de dicha investigación se elabora una *versión R* de la sesión, esto es, un protocolo redactado por el analista en base a su recuerdo, y una *versión L*, literal, que consiste en la transcripción de su grabación magneto-fónica. En un trabajo titulado "La escucha del analista: registro o invención", presentado el año pasado al Congreso de la Escuela de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima, explicité algunos presupuestos subyacentes al proyecto que se me habían hecho evidentes *a posteriori* y dí a conocer algunos resultados adicionales de la investigación. De ese trabajo cito un deslinde que me parece especialmente importante:

"...la investigación que proponemos podría entenderse como una instancia particular de una estrategia más general de la indagación de la *mente* del analista *en su función de producir conocimiento psicoanalítico*. Es obvio que tal objetivo es muy vasto: ya el sueño fundante del psicoanálisis (Freud, 1900, p.p. 411-21) nos muestra cómo la búsqueda de conocimiento analítico acompaña al terapeuta hasta el rincón más privado de su cotidianidad. De entre el continuo, variado y complejo proceso por el cual el analista va elaborando una comprensión del analizando, escogemos un momento, relativamente breve, pero que tiene una particular importancia: el de la escucha analítica".

(Escribens, en prensa).

La comparación entre la *versión R* y la *versión L* permitiría el deslinde de los que la escucha analítica hace a partir del discurso del paciente. Que la *versión R* provee indicios del trabajo de la mente del analista en sesión es un supuesto aceptado implícitamente por todo psicoanalista, y en el trabajo de supervisión clínica se suele examinar una versión para inferir aspectos de la contratransferencia, así como las hipótesis implícitas que habrían estado guiando al analista que está siendo supervisado.

A ese supuesto que, como decía, es de aceptación general, agregamos una consideración adicional: *la diferencia entre la versión R y el registro que reproduce la versión magnetofónica (versión L) sólo puede ser atribuida al trabajo de la mente del analista* y la investigación hasta ahora realizada parece confirmar la suposición inicial de que su observación sistemática puede dar lugar a un método empírico para la investigación de ese complejo conjunto de operaciones que ocurren en la mente del analista en sesión al cual solemos llamar escucha analítica.

Cabe reiterar algo enunciado en el trabajo de 1991 con respecto al protocolo basado en la rememoración (versión R). Este es un texto, y como tal, sería comparable al reporte de una entrevista estructurada, a la viñeta que ilustra un trabajo clínico o teórico, al reporte de un caso. Pero todos estos textos pasan por un proceso mucho mayor de elaboración *a posteriori* que el protocolo de sesión, que tiene la pretensión de reproducir, dentro de determinados límites, lo que sucedió en la sesión.

"No podemos pasar por alto esta pretensión "realista" del protocolo común, porque hace una diferencia notoria con el reporte del caso, en el cual el carácter re-creativo de la narrativa es tan conspicuo que ha dado lugar a toda una variante de investigación del texto clínico que lo trata como si fuera un texto literario (Vid. Mahony, 1984, 1986)". (Escribens, *Op. Cit.*)

Se espera, en general, que el protocolo sea una *representación* de lo ocurrido en sesión, y se supone que omite sólo aquello que el analista olvida como síntoma contratransferencial.

Cuando procedemos de acuerdo a nuestro diseño de investigación, en una primera revisión de las versiones R constatamos dos características muy generales:

"La primera es que lo almacenado en la memoria del analista no tiene la misma extensión de lo escuchado, es decir, constituye algún tipo de resumen, de condensación, de lo que ocurrió en la sesión.

La segunda es que lo que se almacena, salvo situaciones especiales en las cuales hay un particular énfasis en la palabra, no son formas lingüísticas, ya sean estas palabras, frases, oraciones o representaciones semánticas, sino un nivel de representación que tiene menos similaridad con el aparato formal de la sintaxis y que podría calificarse como más "figurativa". Esta segunda observación coincide con otras realizadas en contextos completamente diferentes, y que llevan a algunos psicolingüistas a postular

un nivel de modelos mentales del mundo (Johnson Laid, 1983; Garnham, 1983), en los cuales están representados individuos y relaciones entre ellos, y no unidades sintácticas o semánticas".

(Escribens, *Op. cit.*)

La escucha analítica, entonces, se iniciará como una traducción del discurso lingüístico del emisor a las representaciones del modelo mental del analista receptor. Hasta ese punto, no es diferente a la decodificación de cualquier discurso. Pero, complementando, y a veces hasta subordinado, este proceso básico, ocurre otro que ordena y discrimina los datos de acuerdo a la lógica del inconsciente del analista. El orden lineal, característico de la estructura superficial del lenguaje, se pierde en la decodificación y se vuelve a establecer cuando luego se reporta lo oído, por ejemplo, en la elaboración de una *versión R*. Pero es importante señalar que cuando decimos que se vuelve a establecer, no implicamos que se restituya el que tuvo en el discurso inicialmente percibido. Esto sería materialmente imposible en el caso de un discurso tan extenso, y sólo podría efectuarse si se tratara de secuencias simples y breves de palabras. En algún sentido, el momento de la decodificación anula la validez del orden lineal, sustituyéndolo por las condiciones de otro nivel de representación. En el recuerdo verbalizado (o escrito) posterior, se vuelve a presentar la necesidad de vertir aquello que está registrado de una forma no lineal en la manera secuencial del lenguaje. Sobre estas vicisitudes del orden lineal, y de otros principios de estructuración lingüística, volveremos más adelante. La comparación de las dos versiones de un fragmento de sesión nos permitirá ilustrar algunos de los puntos enunciados hasta ahora.

Fragmento de sesión de psicoanálisis.
Paciente mujer, psicoanalista hombre.

VERSION L

- Pt. "Pensaba, no más, que mi mamá se había ido a hacer un chequeo, porque se sentía mal... y que ahora yo había ido a... yo había tenido que ir a llevarle un libro... unos libros a la casa de una amiga... eso...
A. Lo que le pasa a su mamá le debe producir a Ud. una serie de sentimientos, le debe dejar una serie de interrogantes. Acá, también, Ud. me deja a mí con una serie de interrogantes...
Pt. No... en realidad es algo sencillo... Ella tiene várices en las piernas, y le habían estado doliendo...

- A. Es algo sencillo, pero quizá Ud. quería que yo me quedara con la interrogante...
- Pt. No... no lo hago por llamar la atención... Yo hablo así, no sólo acá,... otras veces que hablo así, también, es porque eso es lo que había pensado... Ahora que Ud. me dice, sí, en realidad no era sólo lo de las vérices, sino que también se ha hecho una serie de análisis porque cree que tiene algo bajo...
- A. ¿Algo *abajo*?
- Pt. (ríe) No. Algo bajo... Piensa que podría tener anemia o algo así... Yo también he ido a traerle los análisis.
- A. Bueno, parece que había algo más. Me imagino que con los libros también...
- Pt. No, es que mi mamá está estudiando y necesitaba unos libros y estaba en la casa de una amiga y yo se los llevé y ya... Pero ahora no era que yo no quisiera hablar... A veces sí, no quiero seguir con algo... no se cómo... no... no sé...

VERSION R

- Pt. Estaba pensando que mi mamá se siente mal. Se tiene que hacer un chequeo.
(Largo silencio).
- A. Parece que Ud. quisiera dejarme con el interrogante de qué es lo que va a chequear.
- Pt. No... es algo simple, unas vérices que le han salido en la pierna... pero no lo hacía por llamar la atención... no sólo acá hablo así... Además también se va a chequear algo que parece que tiene bajo...
- A. ¿Qué tiene abajo?
- Pt. No (ríe) algo que tiene bajo, como anemia o algo así.

La comparación de las versiones L y R pone de manifiesto que la segunda es una suerte de resumen de la primera donde, con una notoria excepción, podemos decir que el contenido fundamental de lo comunicado en *L* está representado en *R*. Dos de las intervenciones del analista —inadvertidamente en el momento de redactar la versión R— son subsumidas en una, como producto de un proceso que convierte unidades lingüísticas en unidades de representación mental, y que procede a reducir lo que es una reiteración. Estos procesos responden a la decodificación lingüística.

Simplificando mucho lo que ameritaría un recuento cuya extensión y detalle van más allá de los alcances de este trabajo, podemos intentar una aproximación a la diferencia entre estos dos textos, empezando por hacer un recuento de los elementos "protagónicos", por así decirlo, de los dos relatos:

<i>VERSION L</i>	<i>VERSION R</i>
La paciente	La paciente
La madre de la paciente	La madre de la paciente
Los libros de la madre de la paciente	_____
El cuerpo (sufriente) de la madre de la paciente.	El cuerpo (sufriente) de la madre de la paciente.
El analista	El analista

Además, tenemos un equívoco, representado en ambas versiones (abajo/bajo). Obsérvese cómo éste es el único caso en que la naturaleza lingüística de los términos tiene relevancia, y por ellos no son sustituibles, como sí lo son otros elementos del discurso (por ejemplo, la versión R tiene una estructuración temporal completamente diferente a la de la versión L).

La versión L nos habla de que la paciente está preocupada por el malestar de la madre y que hace determinadas cosas por ella, que consisten en llevarle libros y los resultados de los análisis, y que están relacionadas, respectivamente, con el intelecto y con el cuerpo. El texto manifiesto nos habla del dolor materno y de la carga que éste significa para la hija. El analista tiene tres intervenciones. En las dos primeras traslada ciertos aspectos de la relación de la paciente con su madre a la relación de aquella con él, y alude a ciertos interrogantes, que no tienen correlato en ninguna parte del discurso de la paciente. En su tercera intervención, el analista habla de los libros. No es muy feliz el total de sus tres intervenciones, y da la impresión de que no hubiera estado conectado con lo que le sucedía a la paciente. Luego se podrá saber que, durante esa época del análisis, el analista había estado conscientemente interrogándose y conjeturando acerca de la relación de la paciente con su madre, acerca de los aspectos arcaicos de dicha relación, y de cómo éstos afectaban el vínculo transferencial. Es decir, el texto manifiesto de esta sesión tenía nexos evidentes con las preocupaciones manifiestas del analista.

Llama la atención la absoluta ausencia de los libros en la versión R. Pero véase como esa omisión implica un giro significativo, ya que nos deja un

relato en el cual son protagonistas la paciente, su madre (con su cuerpo sufriente) y el analista. Mi hipótesis es que la versión R refleja el aspecto inconsciente del analista que sí estaba conectado con esa historia de cuerpos, ocultos tras el dolor y los libros. Esa parte del analista no pudo aparecer, en esa sesión específica, articulando una interpretación, pero el equívoco abajo/bajo aparece como evidencia adicional, tanto de su existencia, como de su represión.

Este fragmento de sesión, entonces, parece ilustrar una situación de contratransferencia "clásica" en la cual el analista no se deja llevar a donde lo conducirían sus procesos inconscientes, sino que se oculta tras sus propias "razones analíticas", aceptando para ello los velos que le ofrece el texto manifiesto de la paciente.

La situación ilustrada en este caso es, en cierto sentido, inversa a la que ilustré en el trabajo de 1989. En aquella oportunidad, un fragmento íntegro y muy significativo de la versión L del inicio de una sesión no estaba representado en la respectiva versión R, en lo que entendimos como el resultado de la operación de mecanismos muy primitivos tales como la identificación proyectiva. En ese caso, para decirlo de alguna manera, el analista no pudo tolerar el contenido psicótico que percibió en la sesión, y buscó borrarlo radicalmente. En el fragmento ilustrado en este trabajo, la ausencia en R de un segmento representado en L es la resultante de un trabajo de develamiento que no pudo concretarse dentro de la sesión, pero que sí empezó a gestarse en ella. Cabe, también, mencionar que ésta es, precisamente, la sesión previa a un cambio significativo en el rumbo de ese análisis, pero no podemos detenernos, en esta oportunidad, a revisar las implicaciones que ciertas pautas podrían tener como indicadores de la marcha del proceso psicoanalítico.

Una última consideración sobre este fragmento de trabajo analítico *per via de levare* quizá nos permita esbozar una respuesta a las importantes preguntas planteadas por el tema de este evento. ¿Es el psicoanálisis una forma de análisis? ¿Es un análisis que, como el lingüístico, busca descubrir una "estructura atómica"? Este ejemplo nos muestra claramente la necesidad de tal operación para desmembrar el contenido manifiesto tras el cual se ocultan el sentido y la pulsión. Nos habla, incluso, de su inevitabilidad. En cuanto a las unidades últimas de ese análisis, no es necesario descubrirlas y codificarlas, ya que son las mismas a las que apelamos en nuestro cotidiano ejercicio de entender el lenguaje. Es por ello que Freud recomendó, más bien, dejar que nuestros inconscientes hagan buena parte del trabajo. Así como los

lingüistas dieron un paso definitivo y seguro al instaurar la fonología sobre una lógica analítica que corresponde a los sistemas fonológicos de las lenguas naturales de una manera que podemos considerar "natural" en algún sentido, Freud tuvo el acierto de apoyar la actividad de conocimiento —que tiene que llevarse a cabo al ritmo del despliegue de una relación, y en la cual no hay forma de detener el tiempo— en una actividad que de todas maneras, espontáneamente y fuera del campo de la consciencia, se va a realizar. En otras palabras, la escucha analítica es viable porque es tan analítica como cualquier escucha.

Sociedad Peruana de Psicoanálisis